



Editorial

Visita Presidencial

La visita del presidente José Antonio Kast a la región de Aysén no puede transformarse en una escala protocolar ni en una sucesión de reuniones formales sin consecuencias. Cuando un jefe de Estado llega a un territorio extremo como este, la expectativa no está en la ceremonia, sino en las decisiones que puedan cambiar la vida cotidiana de quienes habitan aquí.

Aysén no necesita ser descubierta desde Santiago. Sus problemas son conocidos, repetidos y largamente diagnosticados: aislamiento, conectividad deficiente, altos costos de vida, dificultades para acceder a salud especializada, falta de especialistas, brechas en educación superior, escasez de vivienda, lentitud en la inversión pública y una economía regional que muchas veces avanza más lento que las urgencias de su propia gente.

Lo que falta no es información. Lo que falta es voluntad política sostenida para entender que gobernar una región extrema exige una lógica distinta.

Por eso, la presencia del presidente, acompañado de ministros y ministras, abre una oportunidad relevante. No solo para escuchar demandas ciudadanas, sino para asumir con claridad que Aysén necesita instrumentos especiales y políticas públicas diferenciadas. No se trata de pedir privilegios. Se trata de reconocer una desigualdad estructural que no se corrige con discursos.

No se puede hablar de igualdad territorial cuando vivir en Aysén significa pagar más por trasladarse, por calefaccionarse, por acceder a servicios básicos o por resolver un problema de salud. No se puede exigir el mismo estándar de desarrollo a territorios que compiten desde condiciones completamente distintas.

Mientras en el centro del país muchas soluciones están a pocas horas de distancia, en Aysén una consulta médica, un trámite especializado o una oportunidad laboral pueden significar días de viaje, altos costos económicos y una permanente sensación de lejanía con el Estado. Esa distancia no es solamente geográfica: también es política.

Y ahí está el verdadero desafío del Gobierno.

La administración central debe comprender que el desarrollo regional no puede seguir dependiendo de programas diseñados desde oficinas lejanas, con criterios uniformes que

muchas veces no dialogan con la realidad patagónica. Aysén necesita una estrategia propia, pensada desde el territorio y no aplicada como una réplica administrativa.

Eso significa avanzar en descentralización real y no solo declarativa. Significa fortalecer la inversión pública con criterio regional, acelerar proyectos de conectividad terrestre, marítima y digital, generar incentivos efectivos para la permanencia de profesionales, fortalecer la salud pública, apoyar con decisión a las pequeñas economías locales y entregar certezas para que emprender o producir en la región no sea una carrera cuesta arriba.

También implica asumir que el crecimiento económico no puede medirse únicamente desde cifras nacionales. En Aysén, el desarrollo tiene otro rostro: se expresa en la posibilidad de que una familia pueda quedarse sin que eso signifique resignar calidad de vida; en que un joven encuentre oportunidades laborales sin tener que emigrar; en que un adulto mayor no deba viajar cientos de kilómetros para atenderse; en que una comunidad sienta que el Estado llega antes que el abandono.

Ese es el sello que debiera marcar esta visita presidencial: una política regional con foco en las personas.

Porque Aysén no pide gestos simbólicos ni discursos grandilocuentes. Pide decisiones concretas, plazos claros y compromisos verificables. La ciudadanía ya ha escuchado demasiadas promesas que se diluyen cuando las autoridades regresan a la capital.

La región necesita reconocimiento, pero sobre todo necesita respuestas.

Esta visita será evaluada no por la cantidad de anuncios ni por la cobertura de la agenda oficial, sino por la capacidad de convertir demandas históricas en políticas permanentes. El centralismo ya no resiste más diagnósticos ni más promesas recicladas.

Si esta gira termina solo en buenas intenciones, será otra oportunidad perdida. Pero si logra instalar cambios reales, puede transformarse en un punto de inflexión para una región que lleva demasiado tiempo esperando ser tratada con justicia territorial.

La pregunta de fondo no es qué viene a decir el presidente en Aysén.

La verdadera pregunta es, qué está dispuesto a cambiar.